

X JOSE ALFREDO LLERENA

X DOS CUENTOS

TRAGEDIA EN UN DOUGLAS

Habíamos arribado a caballo hasta Santa Martha. Llegamos casi exánimes, en el momento en que el sol se hundía en la selva.

Santa Martha, una posada en la zona montaña, al pie de la cordillera de Chugchilán, se componía de dos cobertizos de paja y de paredes estructuradas con tallos de suro. En su patio existía un trapiche primitivo.

—¿Se quedaron a dormir allí?

—Sí. Cada cual tendió en el suelo una manta y se cobijó con otra.

—¿Sintieron frío?

—No. Era tierra caliente. Además teníamos los cuerpos molidos, cual si nos hubiesen apaleado, por causa de la larga travesía por la montaña que la hicimos a caballo, por senderos lodosos, por tremendales y muchas veces por grandes túneles formados por los guayacanes.

—¿Hasta dónde siguieron a caballo?

—Hasta Santa Martha. Luego, continuamos a pies. Recorrimos un punte de medio kilómetro, hecho de troncos de guayacanes; debajo una tierra pantanosa en que abundaban las culebras y millares de bichos.

—Horrible.

—Horrible.

—Prosiga.

—Nos tocó escalar una estribación de Chugchilán por una vereda casi vertical. A cada lado había troncos y redes de trepadoras. Después de cada corta caminata me sentaba a descansar, mientras los demás proseguían en fila india. Yo sudaba a chorros. Me dolían las articulaciones. Me pesaba terriblemente la cantimplora. Me ardía la cabeza.

—¿No había hecho antes alguna excursión por montañas?

—Nunca. Muchos me compadecían y otros se burlaban de mí.

—¿Y por qué no regresaba?

—Era indispensable, inevitable, que llegase hasta el sitio donde había caído el avión, para mandar un reportaje al principal periódico del país. Sabíamos que el aparato se había estrellado contra una roca, en la cumbre del contrafuerte, de modo que había que alcanzar ese sitio.

Hicieron un alto en la conversación y tomaron tragos de Whisky.

El teniente de fragata dijo:

—Las aventuras me despiertan el interés. Las aventuras reales.

—No le estoy relatando hazañas imaginarias. He vivido lo que le estoy narrando. Contestó el periodista Cuervo.

—Desde que perdí a mi esposa vivo en pleno desasosiego y pongo el oído a los relatos catastróficos.

—¿Perdió usted a su esposa?

—Sí. Pereció ahogada en el río Guayas. Naufragó la embarcación en que ella viajaba. Era una mujer divina.

—¿No fue posible salvarla? ¿No le acompañaba alguien?

—El cascarón llevaba doce personas. Se dio contra un banco y se deshizo. Todo eso debió acontecer muy rápidamente. Es traidor el río Guayas. Los auxilios no llegaron oportunamente. Se salvaron dos personas. De las diez que murieron, los ocho cadáveres fueron encontrados. Desaparecieron definitivamente los de mi esposa y del empleado de mi empresa que la acompañaba. Seguramente fueron arrastrados hasta el mar donde habrán sido pasto de los tiburones. Yo estaba ausente; cuando tuve la trágica noticia retorné a Guayaquil lo más pronto que pude. Busqué los cadáveres por todos los rincones del río Guayas. Pero, nada...

—Lo siento mucho. Usted ha sido víctima de la desgracia. Víctima de la crueldad del destino.

—Con mucha frecuencia, amigo, la adversidad me ha golpeado. No hay remedio. Volvamos a su historia. ¿Llegó usted hasta el punto donde se había destrozado el avión?

—Sí. La senda por la que trepábamos estaba interrumpida, a menudo, por abras y por muros de piedra. Muy duro fue salvar tales obstáculos. El maldito camino estaba bordeado por la vegetación de la selva que sonaba como un órgano gigantesco. Entre las variedades de lianas y bromeliáceas surgía los vigorosos troncos de saímil colorado y del roble de montaña. Fui desprendiéndome de todo lo que llevaba; deshacerme de un mínimo peso era para mí una gran ganancia. A veces, me produjeron gran susto las enormes mariposas que se des-

prendían de los troncos y de las ramas donde hallábanse protegidas por el mimetismo. Amigo mío, el medio boscoso de los Andes es cosa seria. Es sobrecogedor.

—Lo creo. Estoy imaginándome las penalidades que usted soportó.

Y sorbieron el Whisky, sentados en torno a una mesita, en el rincón del restaurante, sumidos en la penumbra. La instalación eléctrica se había dañado y por ello el figón se alumbraba con quinqués.

—Para no alargar esta historia —continuó el periodista Cuervo— debo contarle que conquistamos un punto muy próximo al breñal donde se había destruído el Douglas C-47, con sus veintidós ocupantes. La última etapa para llegar al escenario de la tragedia era la más difícil, pues prácticamente el sendero había desaparecido y nos hallamos ante una pared vertical, pelada, ante una roca que permitía apreciar las descarnadas texturas de la montaña. Hubo que atravesarla de espaldas al muro, apoyando los pies en pequeñas piedras saledizas. Abajo se abrían las bocas negras de lo desconocido que esperaban que cometiésemos el más pequeño error para engullirnos. Casi sin respirar, con todas las potencias del alma en alerta, pasamos al fin, tan espantoso sitio.

—¿Estaba allí el avión?

—Justamente. Utilizando un cable que sujetábbase a un árbol —eso la habían hecho los otros expedicionarios, más diestros— nos deslizamos por él hasta la zona abisal, en la que yacían los restos del aeroplano y de los que fueron sus ocupantes.

—Debió ser algo macabro.

—Usted acaba de darme el calificativo preciso. El aparato, seguramente envuelto por la neblina, voló por un encañonado; de pronto, se dio contra un árbol, en el que dejó una de sus alas y en seguida hizo impacto en la muralla rocosa; sus pasajeros debieron salir disparados por acción de las fuerzas físicas, pero ellos y la nave, tras el choque, rodaron hasta el fondo del hoyo. Allí se produjo el incendio. Aquello debió ser infernal.

—Me espeluzno al imaginar la tragedia.

—El Douglas quedó convertido en una escombrera. El fuego había retorcido las piezas metálicas; había formado un ovillo con ellas. Los pasajeros y tripulantes se quemaron. Se deshicieron entre las lenguas de fuego. Sin embargo —así acontece en los incendios— entre las cenizas encontramos zapatos intactos, bolsos de cuero y hasta paquetes de documentos. Yo hube de recoger algunas chucherías. Una de ellas la llevo en mi bolsillo. Es una cartera de cuero que perteneció a un tal Severo Macías.

—¿Qué nombre?

—Severo Macías.

—No puede ser. Severo Macías se llamaba mi empleado que perdió en compañía de mi esposa, en el río Guayas. Era un hombre fuerte, de treinta años.

—No me equivoco. Tengo aquí la cartera.

—Quiero verla— dijo el teniente de fragata, exaltado.

Cuervo sacó de su bolsillo un objeto de color caoba, efectivamente una cartera procedente de Marruecos y en una de cuyas tapas llevaba un sello dorado que representaba un timón naviero. Del fondo de dicho objeto extrajo una cédula de identidad. El marino la atrapó y se quedó mirándola, lelo.

—Es Macías, el hombre que manejaba mi negocio mientras yo hacia mis viajes. Murió junto a mi esposa. Creo estar soñando.

—En esta cartera he hallado también el retrato de una mujer, debe ser el de la esposa de Macías. Me imagino que ese tal Macías fue casado.

El marino tomó el retrato de la mujer y ante él su estupefacción subió al colmo. Se le agrandaron los ojos y la piel de su rostro se puso del color de la de los muertos. Tras un silencio dio un golpe en la mesa.

—Es un retrato de mi esposa. Nada puedo comprender.

Luego interrogó rotundamente:

—Pero, en verdad amigo Cuervo, ¿halló usted esta cartera entre los restos del Douglas?

—Lo juro. No estoy loco. Lo que le he contado es la más estricta verdad.

—Estoy perdiendo el juicio. Mi esposa y mi empleado murieron en el río y no pudieron haber estado en el avión. Sus cadáveres desaparecieron. Usted acaba de enloquecerme. Esto es un misterio...

Dando un nuevo golpe en la mesa, el marino ordenó al mozo del restaurante:

—Llévese este licor puerco y traiga una botella de ron, del mejor que tenga.

En el figón había varias figuras borrosas, en torno a las mesillas, consumiendo licores y platos. Afuera la lluvia y el viento castigaban a las calles.

LA CAIDA DE LOS RECALDE

Los Recalde ya nada tienen que hacer en Sigsihuaco. Después de que su casa fue quemada se sintieron sin fuerzas para continuar siendo agricultores y vendieron sus tierras.

La casa de hacienda de los Recalde era imponente, la mejor de la zona de Sigsihuaco, provincia de Tungurahua. Dos grandes pabellones, de un solo piso, se unían formando ángulo recto. Las paredes eran de ladrillo cocido. Tenía algunas ventanas. Las tejas verdes se sostenían sobre vigas y armazón de madera. El amplio patio estaba rodeado de un cerramiento, interrumpido por dos portones de hierro. Al medio había una fuente de piedra. Desde las ventanas situadas en las paredes opuestas a las del patio, se miraba la campiña salpicada de ganados y de árboles. Divisábanse los lejanos picos de la cordillera andina oriental.

Las habitaciones de la hacienda La Cartuja eran numerosas y grandes, aunque mal iluminadas; su moblaje era estupendo, pero anticuado y en donde destacaban su sobreguez los enormes armarios; las camas tenían piezas macizas y labradas. El interior estaba pintado al óleo. En la sala pendían viejos retratos de los célebres antepasados. En verdad, los Recalde fueron gran cosa, en otros tiempos; mas descendieron, poco a poco, hasta convertirse en una familia común y vulgar.

La zona tomó el nombre de Sigsihuaco por denominarse así una quebrada cercana, profunda, con escarpaduras y donde anidaban los halcones. Las llanuras aledañas producían buen trigo, cebada, papas, habas.

La Cartuja tenía no solamente sembradíos sino buenos potreros donde pacían ganado vacuno y buenos caballos. Naturalmente, producía leche y poseía industria de quesos. El cultivo de la hacienda estaba a cargo de un grupo de indios, comandados por un mayordomo blanco, al que le llamaban, de modo sencillo, el Sirviente. Los Recalde no eran de los peores patrones; a la iniciación de cada año, sacaban del banco una cantidad de dinero y la repartían entre los indios peones, en concepto de "adelantos", para que ellos fuesen desquitando con su trabajo. Los jornales eran bajos, pero no los mínimos de la zona. Las cuentas de cada trabajador eran llevadas por el Sirviente, un hombre muy experimentado y que había cursado la enseñanza primaria. Todo marchaba bien. Para sus fiestas los indios pedían dinero "adelantado" y en cuanto a la comida se las arregla-

ban de algún modo. Vino un año con caracteres de negrura para los Recalde. Por falta de experiencia en negocios se constituyeron en garantes de unos amigos; mas los garantizados no pudieron cumplir sus obligaciones. Los Recalde se vieron impelidos a vender una casa, en Quito, para pagar la deuda. En ese año no pudieron, durante el mes de enero, dar el fondo para los peones de la hacienda; lo hicieron en Junio y distribuyendo una suma menor que la acostumbrada. Los indios protestaron, trabajaron mal. El rendimiento de la hacienda, no podía esperarse otra cosa, fue menor.

Al año siguiente, se multiplicaron los impuestos castigadores de la propiedad urbana. Además enfermó gravemente una de las hijas. Fue un año de adversidad. Tampoco pudieron entonces satisfacer las exigencias de los peones de La Cartuja. Por otra parte, la familia Recalde carecía de elementos ejecutivos; componíase de la madre viuda, cinco hijas y un único vástagos varón, el cual se había dedicado a la milicia y por lo mismo no se podía contar con su ayuda. La madre se encargaba de cobrar los arriendos de las casas en Quito y de recibir las cuentas del trabajo en la hacienda. Los Recalde vivían rutinariamente, con sus rentas, siempre consumiendo y sin pensar en acrecer los haberes familiares.

Ante los escalabros producidos, los Recalde no hacían otra cosa que llamar al cuartel, para increpar al teniente por su falta de acción, a lo cual el militar contestaba que no disponía de tiempo ni de permiso, puesto que los militares no hacen lo que les viene en gana sino lo que los mandan los superiores. Al fin, aprovechando de un permiso que obtuvo, con dificultad, el teniente, todos los Recalde se trasladaron a Sigsihuaico, para arreglar los asuntos de La Cartuja. Por cierto, no llevaron el dinero que constantemente reclamaban los peones.

La situación de la hacienda La Cartuja indudablemente era mala. Había que reparar la casa; era indispensable dar un departamento más cómodo a los recolectadores de leche; además era inaplazable la renovación de los fosos y tapias que servían de límites a la propiedad; debíase curar al ganado, reclamar el turno del servicio de riego porque los pastos y sembradíos necesitaban, con urgencia, de agua. Todo eso era cuestión de dinero y más dinero. El militar no comprendía bien estos problemas y creía que todo podía arreglarse echando un par de "ojos" a la gente y tal vez dando unas cuantas bofetadas.

El militar increpó al mayordomo.

—No es posible que la hacienda no tenga agua. ¿Por qué no te has preocupado de ésto?

—He reclamado casi todos los días. Pero me han pedido la plata; estamos atrasados en el pago de cuotas. No hemos cumplido ninguna obligación.

—¿Y por qué no has arreglado las zanjas? A causa de ello se han perdido algunas cabezas de ganado que se han pasado a las propiedades vecinas y donde se las han robado.

—Porque no hay pagos. Los indios no tienen ganas de trabajar. Debo recordarle que desde hace dos años viene fallando el dinero para la hacienda. Yo también necesito mi sueldo. Los indios no tienen para satisfacer sus necesidades mínimas; pronto estarán aquí para hacer sus reclamos. Una hacienda en estas condiciones no puede sostenerse.

—Pero debías haber escrito avisando de estos problemas.

—Cada correo he mandado una carta, dando cuenta minuciosa de la marcha de la hacienda; pero el dinero no ha llegado; no tengo ya ni para estampillas.

Esta discusión ocurria en un ángulo del patio. Cuando recién empezó el diálogo del teniente con el mayordomo un solo indio lo escuchaba; mas después de pocos momentos ya estaban cuarenta indios, en semicírculo, oyéndolo. Vestían sus ponchos rojos, llevaban los sombreros a la mano y sus ojillos profundos y sufrientes devoraban al patrón.

—Tendrán que esperar un poco porque los negocios están mal— dijo el teniente a los indígenas, con rotundidad.

En su idioma mixto los indios replicaron:

—No tenemos para ropa de los guaguas.

—No hay para hacer la fiesta del Niño.

—No hay para comer.

—No hay para comprar ollas.

—No hay para comprar herramientas.

El teniente perdió la cabeza. Y gritó:

—Indios estúpidos! Primero trabajen, insolentes.

Un hombre que había estado detrás de los indios, un joven de raza blanca que usaba zapatos y que por cierto vestía de poncho, se colocó delante de todos y dijo:

—Ya es tiempo de que suspenda su explotación a los pobres indios. Si hoy no los paga, las cosas cambiarán.

Todos quedaron atónitos y mucho más el teniente, puesto que en ninguna otra ocasión había visto al tal sujeto.

—¿Y tú quién eres? —¿Quién es este infeliz?— preguntó furioso, dirigiéndose al mayordomo.

—No sé, patrón. Es la primera vez que veo a este hombre. No pertenece a la hacienda — contestó el sirviente.

—Soy el Dr. Lenín López Correa, abogado de los indios, defensor de los compañeros indios — explicó el intruso, con arrogancia hiriente.

—Te largas ya mismo de mi presencia, hijo de vecina — amenazó el militar.

—No me iré. Yo soy un hombre civilizado, un abogado de la República y tengo la misión que me ha dado mi Partido de impedir que los burgueses sigan robando a los peones. Ya se acabó la esclavitud — increpó el dicho López Correa, quien tenía ojos feroces, densas cejas; su cabello era algo encrespado.

El Militar se enfureció en sumo grado. Era alto, fornido, audaz y orgulloso, un oficial bien metido en su uniforme gris, con vivos rojos. Atacó a puntapiés al abogado y éste contestóle con puñadas. Pero el teniente había sido fuerte como un toro y echó a tierra a su enemigo y sus terribles botas negras cayeron repetidamente sobre el jurisconsulto. Un indio blandió un tremendo garrote, en defensa de López. El oficial dio un salto hacia atrás y ya tenía su pistola en la mano. E hizo fuego. Uno, dos, tres, cuatro disparos. Los familiares del teniente gritaron aterrados. Los indios y el abogado huyeron en un santiamén. El mayordomo, aspirando el olor de la pólvora, se puso a mirar cuantos habían muerto. Ni uno solo se hallaba en el suelo. Ante los disparos al aire todos se habían esfumado. Y también el dio media vuelta, para dirigirse a su casa, a pasos lentos y tranquilos. Estaba acostumbrado al uso de las armas de fuego. El teniente, pálido, entró en sus habitaciones, seguido de su madre y de sus hermanas que lloraban.

—En realidad, los tiempos han cambiado, hijitos. Debemos dejar esto — dijo la madre.

En la noche, los Recalde se acostaron a las siete. Tenían los ánimos muy lastimados para quedarse en una velada. Aldabaron las puertas. El teniente cargó su pistola y además un fusil, que lo puso suy a la mano por si acaso fuese necesario usarlo. El militar era un hombre simpático, tranquilo, que daba pasos firmes, que podía abatir a varios individuos pero que no comprendía los fenómenos del ambiente, por haber vivido siempre en otro, primero en el colegio militar y después en el cuartel.



La madre, doña Luisa Alzamora viuda de Recalde, se despertó. En el reloj fosforescente de su velador eran las doce de la noche. Tosió. Algo fastidiada su respiración.

Golpes en la puerta.

—Parece que alguien llama. ¡Qué susto! ¡Qué será!
Golpes fuertes y voces.

—Patrona, la cocina se está quemando. Lo mismo el comedor.

—Advirtieron las criadas. La madre despertó a todos. Había un poco de humo en el dormitorio. Se alarmaron y salieron precipitadamente. En el patio, la humareda era densa.

—Por Dios, se quema la casa.

—Por Dios, han puesto fuego a nuestra casa.

—Jesús, han incendiado la hacienda.

El militar dio una vuelta por el enorme edificio, arma en mano, mientras sus hermanas, la madre y los criados se quedaron en el patio. Vio que salía fuego de varios sitios del tejado. Gritó al mayordomo, pero nadie contestó. Era inútil, puesto que el mayordomo vivía lejos. No había en torno a la casa una sola persona. Y la noche era negra, sin luna y sin estrellas. Cuando regresó al patio, todos vieron cómo bruscamente se alzaron numerosos brazos de fuego. La familia se desesperó. Gritaban de angustia. Histéricamente, lloraban los sirvientes. Los perros aullaban. Se desmayó la madre. Las hermanas se apretaron contra el militar, contra el hombre fuerte que apenas masculaba improperios. Un resplandor fenomenal enrojeció el patio y proyectó las largas sombras de los Recalde contra el muro. Los perros seguían aullando lastimeramente. Se destruyeron las ventanas y las puertas. Se iban abajo los techos. Los Recalde no se atrevieron a salvar ningún objeto, ningún vestido, ni siquiera los pocos dineros de que disponían. Se retiraron del patio hacia el callejón, más allá del portón de hierro. No había a quién pedir socorro, ni para qué intentarlo.

En suma, nada había que hacer.

Si alguien, en la media noche, hubiera estado despierto en alguna de las casas de Sigsihuaco y hubiera salido al patio, hubiera visto en el lugar donde se alzaba La Cartuja, solamente una inmensa y solitaria antorcha en medio de la noche profunda.